3456

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA.

EL DIPUTADO
POR
BOMBIGNAC,

COMEDIA
EN TRES ACTOS Y EN PROSA
DE A. BISSON
ARREGLADA Y ESCRITA EN CASTELLANO
POR
LUIS VALDÉS.

MADRID.
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA.
1887.

12

AUMENTO Á LA ADICION AL CATALOGO DE 1.° DE JUNIO DE 1884.

COMEDIAS Y DRAMAS.

Homb.	Mujes.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Administración.
2	2	A caza de 50 duros	1	D. Adolfo Gil Porro	Todo.
3	3	Afortunado en el juego-j. o. p.	1	Sres. Rubio y Rivero	»
»	»	A la luna de Valencia	1	M. Martínez Barrio nuevo.	»
4	3	Á tiempo vino mi herencia	1	Antonio Clavero	»
2	2	A vivir—j. o. p.	1	Ramon de Marsal	»
5	1	Bou-Amema	1	José Fambuena	»
»	»	Conflicto matrimonial	1	Julian García Parra	»
»	»	Cortar los vuelos	1	Angel del Palacio	»
»	1	¿Cual de los dos? monologo	1	Francisco Soriano	»
2	2	Diente por diente—j. o. v.	1	Fiacro Iráyzoz	»
»	»	Dos cataclismos	1	Granés	»
7	»	El Empecinado	1	A. Estéban del Olmo	»
4	2	El rellogat	1	Francisco Soriano	»
5	1	El Marsellet	1	Estanislao Mañez	»
5	2	El habit no fá el fraré	1	Estanislao Mañez	»
»	»	El ramilete	1	Augusto E. de Mádan	»
»	»	El sereno equis	1	Augusto E. de Mádan	»
3	1	El tercer partido	1	Santiago Gascón	»
3	1	El tren del matrimonio	1	Salvador M.ª Cranés	»
3	2	¡El Coco!	1	Francisco Flores García	»
»	»	Entrés por un punio	1	Eusebio Sierra	»
»	»	Felicidades	1	Juan Pérez Zúñiga	»
4	2	Fer les cartes	1	José Fambuena	»
1	3	Golondrina	1	Miguel Ramos Carrión	»
3	2	Hoy se casa mi sobrina	1	Antonio Clavero	»
6	1	Ingeniosa caridad	1	Manuel Diaz de Arcaya	»
»	»	Juanita la cacharrera	1	Constantino Gil	»
»	»	Jugar al Moscardon	1	Julio de las Cuevas	»
3	3	La familia del miñó	1	Francisco Soriano	»
2	2	La señá Condesa	1	Sinesio Delgado	»
1	3	La Golondrina	1	Miguel Ramos Carrión	»
4	2	La Botigueta	1	José Fambuena	»
4	2	La vareta d'els desichos	1	Ricardo Escorihuela	»
4	2	Las consecuencias	1	Juan Alemany	»
4	2	Levantar la caza	1	Pedro de Gorriz	»
3	2	Lo que no ve la opulencia	1	F. Postigo y Acejo	»
5	2	Lo más 'els Estornells	1	Pablo Montellá	»
3	2	Los corritos	1	Ramón de Marsal	»
4	3	Los tocayos	1	Vital Aza	»
2	5	Lucha de hermanos	1	Enrique Alvarez	»
1	»	Llorens (monologo)	1	Francisco Soriano	»
6	2	Matasiete	1	Manuel Matos s	»
»	»	Matrimonios á duro	1	Augusto E. de Mádan	»
»	»	Merienda de negros	1	Fernando Manzano	»
4	3	Mixto de inglés y canario	1	Francisco Flores García	»
»	1	Noche-buena (monologo)	1	Francisco Soriano	»
»	»	N. N.	1	Pedro Górriz	»
»	»	¡Petaez!—j. o p.	1	Monasterio y Caldeiro	»
8	6	Pepa la frescachona, ó el colegial desenvuelto	1	Ricardo de la Vega	»
3	2	Ploramiquis	1	Francisco Soriano	»
4	1	Por una errata	1	Enrique Alvarez	»
3	4	¿Quiere V. comer con nosotros?	1	Mariano Barranco	»
»	»	Recuerdos de un baile	1	Augusto E. de Mádan	»
»	1	Selets	1	Francisco Soriano	»
»	»	Sin comer	1	F. Brito	»
»	»	Susana	1	Enrique Prieto	»
11	5	Ultramarinos	1	Tomás Luceño	»
1	5	Un décimo de la loteria	1	Enrique Alvárez	»
5	1	Un franses de Rusafa	1	Francisco Bellido	»
1	1	Un franses en Almasera	1	José Fambuena	»
2	2	Una casa de locos	1	Adolfo Gil Porro	»
5	2	En fin... me parece bien	2	Francisco Bellido	»
4	4	L'Hermanico	2	José Fambuena	»
3	4	La señora de Matute	2	Pedro de Gorriz	Mitad.
»	»	Lo blanco negro	2	Pedro de Gorriz	Todo.
1	2	Por causa de mi hijo	2	Adolfo Gil Porro	»
»	»	Un Cupido de cien años	2	Augusto E. de Mádan	»
5	7	A casa con mi papá	3	Mariano Pina	»
»	»	El agua de remozar	3	Augusto E. de Mádan	»

Al distinguido actor Sr. D.
Fornosa su afmo amigo
Luis Valdés

EL DIPUTADO POR BOMBIGNAC.

EL DIPUTADO POR BOMBIGNAC,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

DE A. BISSON

ARREGLADA Y ESCRITA EN CASTELLANO

POR

LUIS VALDÉS.

Estrenada con éxito en el Teatro de LA PRINCESA la noche del 5 de Febrero de 1887.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.
Atocha, 100, *principal.*

1887.

PERSONAJES.	ACTORES.
ELENA DE CHANTELEUR....	D.ª ELISA MENDOZA TENORIO.
LA MARQUESA DE CERNOIS, madre de la anterior y de...	JOSEFA GUERRA.
LAURA.....	JULIA MARTINEZ.
JULIA, criada.....	V. CARRICHE.
EL CONDE DE CHANTELEUR..	D. EMILIO MARIO.
LUIS PINTAU, su secretario...	E. S. DE LEÓN.
EL CONDE DE MORARD.....	FORNOZA.
EL BARÓN DE VERGETTES..	RAMÓN ROSELL.
UN LACAYO.....	MARIANO LAHOZ.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con que se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la Administracion Lírica-Drámatica de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

ADVERTENCIA.

El aplauso que obtuvo el original de esta obra en París, me animó á traducirla, si bien conocí que su índole, exclusivamente francesa, no convenía á nuestro público. Y como sólo he podido darla condiciones españolas en el terreno del lenguaje, y hacer algunas indispensables reformas, me apresuro á declarar en obsequio de la justicia, que el buen éxito de mi trabajo se debe á la dirección escénica y al talento de los actores que con tanto esmero desempeñaron sus respectivos papeles.

LUIS VALDÉS.

677386

ACTO PRIMERO.

Gabinete en la planta baja del castillo de Chanteleur; en el fondo, puerta con escalinata, que baja al parque y dos ventanas, una á cada lado, puertas laterales que corresponden, una á la habitación del Conde, y las demás al interior de la casa; muebles ricos y de buen gusto.

ESCENA PRIMERA.

LUIS, después el BARÓN.

Luis aparece sentado en una butaca, leyendo un periódico.

LUIS. (Señalando el periódico.) Hé aquí un elemento que remediaría muchos males, si todos los escritores atendiesen más al interés común que al suyo propio.

BARON. (Entrando por la puerta del foro.) ¡Buenos días, Luis!

LUIS. ¡Hola, Barón!

BARON. (Ap.) (¡Qué familiaridad! Y gracias que no me llama ciudadano.)

LUIS. ¿Usted por aquí?

BARON. Como hace un tiempo tan hermoso, mandé ensillar mi caballo, y vengo á pasar el día en el castillo de Chanteleur. Una hora he tardado en llegar.

LUIS. La distancia que nos separa de Poitiers es bien corta.

BARON. ¿Y Raimundo?

LUIS. El señor Conde está de paseo.

BARON. Creía encontrarle durmiendo, porque ha debido recogerse muy tarde. Anoche concurrimos juntos á la última función de la compañía del teatro de Variedades de París: y como hoy se marchan todos los artistas, Raimundo, por despedida, les dió después del espectáculo, una expléndida cena en la fonda del Palacio. Por cierto, que no tuvo la cortesía de convidarme.

LUIS. ¿Es posible?

BARON. ¡Qué ingratitud!... ¡Prescindir del amigo más verdadero, más servicial y más útil!

LUIS. El mas útil, sobre todo.

BARON. ¡No lo sabe usted bien! Ahora tengo un asunto entre manos, que puede proporcionar á Raimundo ocasión de lucirse.

LUIS. (Repasando el periódico.) ¿Sí, eh?

BARON. ¿Qué es de Elena?

LUIS. La señora Condesa salió muy temprano con su madre, la marquesa de Cernois, y con su hermana Laura.

BARON. ¿Luego no hay nadie en el castillo?

LUIS. ¡Tanto como nadie!... Estoy yo, los criados, los pájaros, los perros, etc., etc...

BARON. ¿Sabe usted si volverán pronto las señoras?

LUIS. Han ido á visitar los pobres del distrito.

BARON. ¡Qué mujer tan superior es la marquesa de Cernois! Más realista que el Rey y más papista que el Papa, ni transige con las nuevas ideas, ni consiente que ninguno rebaje los fueros de la aristocracia.

LUIS. Y eso que su padre fué almacenista de géneros ultramarinos.

BARON. Los negocios que producen inmensas ganancias, no son incompatibles con la nobleza.

LUIS. ¡Qué han de serlo! El dinero todo lo iguala; y, según parece, los frutos coloniales dieron buen fruto.

BARON. La marquesa de Cernois es tan ilustre, que Raimundo no ha tenido inconveniente en llamarse su yerno.

LUIS. Tampoco le vendría á usted mal una esposa como la cuñada del señor Conde.

BARON. ¡Ya lo creo! Laura es una joven encantadora.

LUIS. Y rica.

BARON. Eso importa poco.

LUIS. Importa un millón de francos.

BARON. Así dicen; pero yo la quiero solamente por su belleza. Apropósito, Luisito; me inspira usted tanta confianza que voy á molestarle con una pregunta.

LUIS. Diga usted.

BARON. Aquí para entre los dos, ¿crée usted que si yo declarase á Laura mis amorosas pretensiones sería bien recibido? Contésteme usted con toda franqueza.

LUIS. Pues, con toda franqueza, creo que no.

BARON. ¡Hombre!... Y ¿por qué?

LUIS. Porque esa niña es muy difícil de contentar.

BARON. Yo también lo soy, y me contentaría con ella.

LUIS. Usted se merece otra cosa. (Vuelve á repasar el periódico.)

BARON. Sin duda, y á no estar enamorado... Perdone usted que le distraiga de su lectura; pero hay asuntos que solo se deben contar á personas discretas.

LUIS. Ya le atiendo.

BARON. Usted, como secretario de Raimundo y su compañero que fué de colegio, ejerce grande influencia en esta casa, y puede favorecer mis deseos.

LUIS. ¿Yo? ¿Cómo?

BARON. Ponderando á la familia mi entendimiento, mi ilustración, y demás prendas.

LUIS. Ya las conocen. Basta tratar á usted media hora para comprender todo lo que vale.

BARON. ¡Gracias! ¡Sin embargo!...

ESCENA II.

LOS MISMOS, LAURA.

Esta aparece por el foro, trayendo un haz de flores silvestres, tan grande que apenas puede abarcarlo.

LAURA. ¡Buenos dias, Luis! (Reparando en el Barón.) ¡Ah, el señor Barón!... ¡Qué grata sorpresa!

BARON. Si le complace á usted verme, yo soy muy dichoso.

LAURA. Como hacemos una vida tan solitaria, me agradan las visitas. (Deja las flores sobre una mesa, que está inmediata á la pared.)

BARON. Mi visita de hoy será larga, porque almorzaré con ustedes.

LAURA. Mucho se alegrará Raimundo.

BARON. ¿Nadie más que él?

LAURA. Por mi gusto tendriamos todos los dias cinco ó seis convidados; pero aquí no se dan convites, ni reuniones, ni nada. Nuestra diversión se reduce á pasear por el campo; cuando llega la noche, el señor capellán y mamá juegan al ecarté, Raimundo y Luis escriben ó leen, y mi hermana y yo nos dormimos cada una en su butaca.

BARON. Compadezco á ustedes.

LAURA. ¡Mamá y Elena han disfrutado del mundo; pero yo, que salgo del convento donde me educaron y me veo encerrada en este otro!...

LUIS. (Ap.) (¡Pobre niña!)

LAURA. (Al Barón.) ¿Usted creerá que vivimos en una quinta de recreo? pues no hay tal cosa. Para que el castillo de Chanteleur sea una verdadera clausura, solo falta que el portero se convierta en tornera, y que cierren con celosías las ventanas, la tribuna de la capilla y el campanario. ¡Tengo una gana de perder de vista este dichoso castillo!

BARON. Usted se casará cuando quiera, y entonces...

LAURA. Si encontrase el hombre que ha soñado mi corazón, me casaría, vaya si me casaría; pero no tratamos á nadie.

LUIS. ¿Cómo ha de ser el dichoso mortal que usted ha soñado?

LAURA. Joven, guapo, elegante, dulce y cariñoso como una paloma, fiel como un perro y bravo como un león. No dirá usted que soy exigente.

BARON. No señora; y estoy seguro de que aún cuando trata usted pocas personas, encontrará alguno que reuna todas esas cualidades y que la adore.

LUIS. Más dificil sería encontrar un hombre de talento y honradez.

LAURA. ¡Dios me libre de un tonto!

LUIS. (Ap. al Baron.) (Esto no reza con usted, Barón.)

BARON. (Ap. á Luis.) (¡Ya lo creo!)

ESCENA III.

LOS MISMOS, RAIMUNDO. Éste entra por la puerta del foro.

RAIM. ¡Buenos días, cuñadita!... ¡Muy buenos, Barón! ¿Hace mucho que está usted aquí?

BARON. Acabo de llegar.

RAIM. (Á Laura.) ¿Y Elena?

LAURA. Se quedó con mamá en la ermita, y yo me he adelantado cogiendo flores silvestres. ¡Mira qué preciosas! Luis, si quiere usted ayudarme, haremos un ramo.

LUIS. Con mucho gusto. (Laura y Luis van donde están las flores y se entretienen en hacer un ramo.)

BARON. (Á Raimundo, con intención.) ¿Qué tal la cena?

RAIM. ¿Cuál?

BARON. La que dió usted anoche después de la función en la fonda del palacio de Poitiers á la compañía del teatro de Variedades de París.

RAIM. ¡Ah! Pues, una cena como todas.

BARON. ¡Hubiera dado cualquier cosa por concurrir á ella! ¡Tendrían que oir el admirable Bolinchón y la divina Sidonia, exaltados con la influencia de los vinos y licores.

RAIM. El actor, fuera del teatro, es una persona como las demás.

BARON. Con todo, un espectáculo de esa especie, ¡era tan nuevo para mí! Pero no se dignó usted convidarme.

RAIM. ¡Calla... pues es cierto! Verdad que usted nada me dijo.

BARON. No me gusta abusar de mis amigos, ni comprometerlos.

RAIM. ¡Qué tontería! Entre nosotros no puede haber compromisos. Si usted me hubiese dicho con toda franqueza, «amigo Raimundo, deseo concurrir á la cena», yo le hubiera contestado francamente! «amigo mío, no puede ser por esta razón, ó por la otra, ó por la de más allá,» y punto concluído.

BARON. Confieso mi cobardía y procuraré enmendarme.

RAIM. Nada de cumplimientos.

BARON. (Estrechando la mano de Raimundo.) ¡Gracias!

RAIM. Los amigos son para las ocasiones.

BARON. Por eso estoy trabajando en favor de usted desde hace algunos días, y hoy sabré el resultado. Espero una cartita...

RAIM. ¿De qué se trata?

BARON. Es un secreto todavía; pero no tardaré en revelárselo.

RAIM. (Ap.) (¡Alguna sandez!)

LAURA. Se acabó, y voy á ponerlo en la capilla. ¡Cómo pesa!

LUIS. Yo lo llavaré.

RAIM. El Barón es muy galante, y lo llevará.

BARON. Con mil amores. (Coge el ramo.) ¡Ay!...

LAURA. Cuidado, Barón, porque tiene flores de espino, albár y rosas de escaramujo.

BARON. Ya lo he notado. (Vanse Laura y el Barón por la derecha con el ramo.)

ESCENA IV.

LUIS y RAIMUNDO.

RAIM. (Á LUIS.) Necesito hablarte.

LUIS. Ya sé que has pasado casi toda la noche en Poitiers, al lado de Sidonia.

RAIM. Que se vuelve á Paris esta tarde á las cinco.

LUIS. Me alegro, porque en las poblaciones cortas se murmura de todo, y tú no pecas de prudente ni de reservado.

RAIM. Por eso he decidido marcharme.

LUIS. ¿Con qué pretexto?

RAIM. He dirigido á mi amigo Pablo un parte, diciéndole: «Llámame á Paris por telégrafo para un asunto ur»gente.»

LUIS. ¿Pablo?

RAIM. El Conde de Morard. Dentro de una hora recibiré la contestación, y á las cinco salgo en el expreso.

LUIS. ¿No fué ese amigo quien te detuvo en Paris, convidándote á no sé qué reuniones?

RAIM. Sí: á los exámenes del Conservatorio; pero ni él me convidó, ni yo concurrí á ellos. Entonces conocí á Sidonia, y para justificar mi detención en Paris supuse...

LUIS. ¡Ya! Esa mujer te ha trastornado el juicio.

RAIM. No tanto. Confieso que me agrada mucho, y nada más. ¡Estuvo anoche tan seductora durante la representación! Yo ocupaba una butaca de la tercera fila, y sidonia me dedicó todos sus triunfos con las más tiernas y significativas miradas. Durante la cena se colocó junto á mí, y las horas me parecieron instantes, admirando su hermosura y su gracia. La fiesta concluyó al amanecer; y aquí me tienes resuelto á escaparme para disfrutar durante quince días una vida que me parecerá deliciosa con sólo recordar la tristísima y monótona que llevamos en este cautiverio.

LUIS. En esta casa de campo se podria vivir menos aisladamente si tu quisieras.

RAIM. Ya lo sé: mas para conseguirlo tendría que indisponerme con mi suegra; y de camino con mi mujer. Entre dos males, prefiero el menor, y me voy á Paris.

LUIS. Todo es malo. Supongo que me llevarás contigo.

RAIM. No puedo. Necesito tener aquí una persona de confianza que me entere de cuanto ocurra.

LUIS. ¡Me voy á divertir!

RAIM. (Mirando hacia la puerta del foro.) ¡Mi suegra! ¡Huyamos! (Acercándose á Luis.) ¡Ay, Luis; si la vieses con el traje de nereida, casi desnuda y coronada de algas y caracoles!

LUIS. ¿Á tu suegra?

RAIM. Hombre, no: á Sidonia. (Vase por la izquierda.)

LUIS. Cuando digo que está loco.

ESCENA V.

LUIS, la MARQUESA, ELENA y JULIA.

Las tres entran por el foro.

MARQ. Ya estamos de vuelta.

ELENA. (Á Luis.) ¿Y Raimundo?

LUIS. El señor conde acaba de entrar en su habitación.

MARQ. Julia, diga usted al mayordomo que levanten inmediatamente la alfombra del cuarto de mi yerno, y que la coloquen en la capilla delante del altar mayor. El capellán se queja de que está equello muy desabrigado.

JULIA. ¿Quiere algo más su señoria?

MARQ. No, vete. (Vase Julia.)

LUIS. Eso de la alfombra, es lo que se llama desnudar á un santo para vestir á otro.

ELENA. Es verdad.

MARQ. (Á Elena.) Tu marido no es ningún santo.

LUIS. El capellán tampoco.

MARQ. ¿Qué sabe usted, libre pensador? (Elena coge el periódico que leía Luis.)

LUIS. No tengo noticia de que le hayan canonizado todavía.

MARQ. ¡Ah, ya se me olvidaba! Luis, hágame usted el favor de mandar que compren los efectos aquí anotados, y que los repartan entre los pobres que expresa la lista.

LUIS. Si usted quiere, yo me encargaré del reparto.

MARQ. Mejor sería. Y como se trata de una obra de misericordia, Dios le tomará este servicio en descuento del daño que hacen las doctrinas que usted profesa.

LUIS. Mis doctrinas están conformes con el Evangelio; libertad, igualdad y fraternidad.

MARQ. Sí, ya conozco la fórmula.

ESCENA VI.

DICHOS, el BARÓN y LAURA; después RAIMUNDO.

BARON. ¡Señora Marquesa!... ¡Señora Condesa!...

MARQ. ¡Qué caro se vende usted, Barón!

BARON. He dejado de venir durante una semana, porque me han retenido graves ocupaciones.

MARQ. No acierto qué graves ocupaciones pueden ser esas. ¡Un hombre tan independiente como usted!

BARON. Independiente; pero muy servicial. Las elecciones generales deben verificarse dentro de quince días; y me propuse favorecer la candidatura de un amigo.

MARQ. ¿Será de los nuestros?

BARON. La persona más digna, más... (Viendo venir á Raimundo.) ¡Silencio! Ya se lo diré á usted cuando estemos solos. (Raimundo entra en trajo de casa.)

RAIM. ¡Buenos días, mamá!... ¡Mi querida Elena!

MARQ. Ya era hora de que le echásemos la vista encima, señor trasnochador.

RAIM. Me he recogido un poco tarde; más tarde de lo que acostumbro, es verdad.

MARQ. ¡Á las cinco de la mañana!

RAIM. ¿Qué quiere usted? Soy presidente de la Comisión Agrícola del distrito, y anoche tuvimos una sesión extraordinaria, que duró hasta cerca del amanecer.

MARQ. ¡Tiempo perdido!

RAIM. El asunto es muy importante. Se trata de pedir auxilio al ministro de Fomento para atender á los gastos de una exposición regional.

MARQ. ¿Y tuvo usted valor para aprobar semejante proyecto?

RAIM. ¡Vaya si lo aprobé! Las exposiciones son muy útiles.

MARQ. ¡Qué bajeza! ¡Pedir al ministro una miserable limosna! El conde de Chanteleur sólo debe acordarse del gobierno para combatirle.

RAIM. Eso sí. Y hoy mismo escribiré á mis compañeros, manifestándoles que estoy dispuesto á sufragar todos los gastos de la exposición.

MARQ. Tirarás el dinero para que otros se luzcan.

RAIM. (Ap. mirando su reloj.) (¡Las once! El telegrama de Pablo no puede tardar.) (Ap. viendo entrar al Lacayo.) (¡Ya está aquí!

ESCENA VII.

DICHOS, UN LACAYO y luego PABLO.

El Lacayo trae una tarjeta en una bandeja de plata.

MARQ. (Al Lacayo.) ¿Qué ocurre?

LACAYO. Un caballero que desea ver al señor.

MARQ. (Cogiendo la tarjeta y leyéndola.) El conde de Morard.

RAIM. (Ap.) (¡Pablo!)

MARQ. No le conozco.

RAIM. (Ap. á Luis.) ¡Es Pablo! ¡No estaba en París!

LUIS. (Ap. á Raimundo.) Disimula.

MARQ. ¿No quieres recibirle?

RAIM. ¿Pues no he de querer? ¡Un amigo del alma! (Al Lacayo.) Diga usted á ese caballero que pase. (Vase el Lacayo.)

LUIS. (Ap. á Raimundo.) Hay que buscar otro recurso.

RAIM. (Ap.) (¡Qué contratiempo!)

LACAYO. (Anunciando.) El señor conde de Morard. (El Lacayo se retira y entra Pablo.)

RAIM. (Saliéndole al encuentro.) ¡Adelante, adelante... Pablo!

PABLO. (Abrazándole.) ¡Raimundo!... (Reparando en los demás.) ¡Señoras!

RAIM. (Presentándole.) Presento á ustedes á uno de mis más verdaderos amigos. (Á Pablo.) Mi mamá política, la Marquesa de Cernois; Elena, mi esposa; mi cuñada Laura; el Barón de Vergettes, y mi secretario Luis Pintau, republicano furibundo.

MARQ. Yo, y mis hijas, tenemos sumo gusto en conocer á usted.

PABLO. Señora, la familia de Raimundo ha ocupado siempre un lugar preferente en mi afecto y estimación.

ELENA. Es tanto lo que Raimundo nos ha hablado de usted, que le conociamos sin tratarle.

RAIM. (Á Pablo.) Basta de cumplidos, y dime á qué debemos la dicha de verte en el castillo de Chanteleur.

PABLO. Tuve que emprender un viaje; estoy de vuelta, y me he detenido al llegar á Poitiers para darte un abrazo.

RAIM. ¡Mucho te lo agradezco! ¡Ha transcurrido tanto tiempo desde que nos vimos la última vez!

ELENA. No tanto. Esta primavera te detuviste en París, invitado por el señor Conde, y concurrieron ustedes juntos á los exámenes del Conservatorio.

PABLO. ¿Esta primavera?

LUIS. (Ap.) (¿Á que se descubre el pastel?)

RAIM. Es verdad; pero entre nosotros, dos meses de ausencia equivalen á un siglo.

PABLO. (Ap.) (¡Maldito si comprendo!...)

RAIM. Los exámenes duraron cerca de tres semanas. ¡Y qué horas tan deleitables nos hicieron pasar aquellas jóvenes... no... aquellos jóvenes! ¡No olvidaré nunca un coro que cantaron los alumnos con acompañamiento de órgano! Yo estaba embelesado, (Á Pablo.) y tú aplaudías con frenesí.

PABLO. (Con embarazo.) Naturalmente... la buena música... el

mérito de la ejecución...

RAIM. Pero tratemos de lo que importa. Mi querida Elena, Pablo y el Barón almorzarán con nosotros, y es preciso que no echen de menos el regalo de su casa.

ELENA. Si el trato que reciban pudiese corresponder á mi buena voluntad, nada echarían de menos. Voy á procurarlo. (Saluda y vase.)

MARQ. (Á Pablo) Hasta después. (Vanse la Marquesa y Laura. Luis y Raimundo hablan recatadamente.)

LUIS. ¿Qué piensas hacer?

RAIM. ¿Qué sé yo? Sidonia me espera, y no puedo dejar de acompañarla.

LUIS. Si has de partir, necesitas un pretexto.

RAIM. Búscalo tú; y sobre todo, líbrame del Barón.

LUIS. Nada más sencillo. (Agarrándose del brazo del Barón) Véngase usted conmigo.

BARON. ¿Á dónde?

LUIS. Á la Biblioteca.

BARON. No soy aficionado á libros.

LUIS. (Al oído del Barón, y tirando de él.) Hablaremos de Laura. (Vanse.)

ESCENA VIII.

RAIMUNDO y PABLO.

PABLO. Ya que estamos solos, ¿quieres explicarme qué significan esos embustes?

RAIM. Significan que, obligado á permanecer en París más tiempo del convenido, supuse, para tranquilizar á mi esposa y á mi suegra, que me detenía por complacerte. En esta casa, gracias á mis informes, te creen un santo.

PABLO. Pues si supiesen que vengo de Bombignac, y el motivo de mi viaje, reformarían la opinión que debo á tus exagerados elogios.

RAIM. Esta mañana te puse un despacho telegráfico, creyéndote en París, y es una desgracia que no hayas

podido recibirle.

PABLO. ¿Qué importa? Repíteme de palabra lo que el parte decía, y es igual.

RAIM. Aquí no puedes desempeñar el encargo que te confiaba.

PABLO. ¡Lo siento!

RAIM. ¿Qué has hecho en Bombignac?

PABLO. Dejar una carga algo molesta.

RAIM. No entiendo.

PABLO. Hace algunos años encontré en mi camino una de esas mujeres que se llevan tras sí los ojos de cuantos las miran, y que enamoran á quien las trata; era, y es todavía un ángel de belleza y un demonio tentador; tiene veintiocho años, y se llama Anastasia Dutronchet. Al principio todo fueron delicias; pero andando el tiempo, quiso hacerme su esclavo; y como yo no lo soy más que de mis obligaciones, resolví emanciparme; se lo dije; hubo su poco de tormenta, y al fin capituló.

RAIM. ¡Milagro!

PABLO. Capituló por su interés. La he cedido mi posesión de Valboise, compuesta de una hermosa casa con jardines, bosque y tierras de labor; todo á las puertas de Bombignac, donde la llevé y la dejo contentísima. Allí, con el producto de mi donación y la renta de treinta mil francos, *que ya poseía*, es la reina del país, y se casará pronto.

RAIM. ¡Bonito negocio... para ella!

PABLO. Y para mí. Estoy desengañado del mundo; la vida aventurera no me satisface; necesito una esposa para querer y ser querido eternamente con toda el alma; y deseo gozar los tranquilos placeres de la familia y del hogar doméstico.

RAIM. ¡Los tranquilos placeres del hogar doméstico!... Pues, hijo mío, si quieres disfrutar una calma chicha, inalterable, quédate á vivir con nosotros.

ESCENA IX.

DICHOS y LAURA.

LAURA. ¿No está por aquí el Barón?

RAIM. ¿Para qué le necesitas?

LAURA. ¿Yo? para nada. Le han traído una carta urgente de Poitiers.

RAIM. Debe estar en la biblioteca.

LAURA. Pues voy á buscarle. (Vase.)

ESCENA X.

RAIMUNDO y PABLO.

PABLO. Tienes una cuñada muy bella y simpática.

RAIM. Es el único rayo de sol que alumbra la casa. Siempre la verás risueña; y sin embargo, debe sufrir mucho en esta horrible soledad.

PABLO. ¿No os visitan los amigos de Poitiers y de las cercanías?

RAIM. Alguna vez; pero mi suegra odia los bailes, los convites y las reuniones, y nadie va donde no se divierte. Yo me aburro y me desespero.

PABLO. Entretente en algo útil: estudia, escribe.

RAIM. ¡Leer, escribir! Ya lo hago; pero necesito otras emociones, y sobre todo, más actividad.

PABLO. ¿Por qué no procuras ser diputado? Las nuevas elecciones se efectuarán dentro de quince días.

RAIM. ¡Buen papel haría yo en la Cámara!

PABLO. Ocupar un asiento, como tantos otros.

RAIM. ¡Sería un excelente pretexto para estar en París gran parte del año! Pero si no tengo distrito.

PABLO. Á mí me sobra uno: el de Bombignac.

RAIM. ¿Dónde has dejado á Anastasia?

PABLO. Sí. Los electores de nuestras ideas políticas tienen empeño en que me presente como candidato, y no se conforman con mi negativa.

RAIM. ¿Rehusas?

PABLO. Decididamente.

RAIM. Si me aceptasen en tu lugar...

PABLO. Como te propusiera yo, de seguro. Lo malo es que la monarquía tiene allí muy pocos adictos, y no lograrás el triunfo.

RAIM. ¿Qué importa? Mi objeto es salir de la inacción.

PABLO. El periodo electoral empieza pasado mañana, y sería necesario que marchases hoy mismo.

RAIM. ¡Mejor que mejor!

PABLO. ¿Por qué?

RAIM. Las resoluciones cuyo cumplimiento se dilata, no suelen llevarse á cabo. Es preciso que tú prevengas á mi suegra y á mi esposa inmediatamente, asegurando que los electores me solicitan por tu mediación, y que has venido para cumplir el encargo.

PABLO. Así lo haré.

RAIM. Nunca estuve en ese país.

PABLO. Bombignac es una población del Bajo Garona, escondida entre pintorescas montañas; ni la visitan viajeros, ni los habitantes salen nunca de su madriguera; y el que va allí, cree encontrarse á mil leguas de los países civilizados.

RAIM. ¡Magnífico!

PABLO. Como no te distraigan los trabajos electorales; te vas á fastidiar.

RAIM. Lo nuevo divierte.

PABLO. Pues nada: cuenta con mi recomendación.

RAIM. Ante todo, busca á mi mujer y á mi suegra, y suplícales que te ayuden á decidirme. Si la Marquesa imagina que soy yo quien promueve el asunto con objeto de vivir independientemente, alborotará á mi mujer y estamos perdidos.

PABLO. Descuida. Voy á cumplir la comisión tal como deseas. ¿Por dónde las encontraré?

RAIM. Por allí. (Vase Pablo.)

ESCENA XI.

RAIMUNDO y LUIS.

LUIS. ¿Estás solo?

RAIM. Sí.

LUIS. Prepárate para oir una mala nueva.

RAIM. ¿Qué pasa?

LUIS. Pasa, que no se me ocurre pretexto alguno para justificar tu escapatoria.

RAIM. Ya no es necesario que lo busques.

LUIS. ¿Te quedas?

RAIM. Me voy.

LUIS. ¿Y tu mujer y tu suegra?

RAIM. Dentro de poco vendrán á rogarme que me ponga en camino inmediatamente para Bombignac, cuyo distrito me ofrecen varios electores.

LUIS. ¿Á tí?

RAIM. Sí, hombre. Pablo me ha comunicado la pretensión de aquella buena gente; y dice que debo aceptar.

LUIS. ¿Entonces no irás á París?

RAIM. ¡Vaya si iré! El período electoral que empieza pasado mañana dura quince días, y toditos los he de pasar en la quinta de Sidonia, ó donde ella esté. Cuando vuelva diré que no he tenido mayoría de votos, y se acabó.

LUIS. ¿Y si averiguan que no has estado en Bombignac?

RAIM. No es fácil. Mi familia no trata ni conoce persona alguna de aquellos lugares.

LUIS. Pero tendrás que escribir á tu mujer, y si las cartas traen el timbre de París...

RAIM. Es verdad: no había pensado en eso.

LUIS. ¿Y la Prensa? Los periódicos hablarán de las elecciones y de los candidatos, insertando las correspondencias de Bombignac; y si en alguna de ellas se quejan de tu alejamiento...

RAIM. ¡Tienes razón! ¿Cómo vencer tantas dificultades? (Queda pensativo.)

LUIS. ¡Imposible!

RAIM. ¿Imposible? Facilísimo. Yo iré á París, y tú á Bombignac.

LUIS. ¿Yo, para qué?

RAIM. ¿Tienes algún amigo en aquella población?

LUIS. Ninguno. Jamás anduve por esas tierras; y será inútil que vaya porque á nadie conozco, ni nadie me conoce.

RAIM. Lo propio me sucede á mí, y es precisamente lo que necesito para que puedas representar el papel de Conde de Chanteleur, sin que se descubra el engaño.

LUIS. ¡Yo! ¿estás loco?

RAIM. Después de almorzar iremos reunidos á Poitiers, donde yo tomaré el tren que ha de llevarme á París. Tu comisión en Bombignac es bastante cómoda: llevar mi nombre; presentarte como candidato; divertirte cuanto puedas; y gastar cuanto quieras á costa mía. No tienes que escribirme, porque es probable que varie frecuentemente de residencia; yo te enviaré á Bombignac las cartas que has de remitir á mi esposa; y dentro de diez y seis días nos reuniremos en la fonda del Palacio de Poitiers: el primero que llegue esperará al otro. Ya ves que la cosa no puede ser más sencilla.

LUIS. Ni más disparatada. ¡Si lo sabe tu mujer!...

RAIM. ¿Cómo ha de saberlo?

LUIS. No me gusta engañar á nadie. Y eso de llevar un nombre que no me pertenece...

RAIM. Déjate de escrúpulos, y no me niegues el favor que te pido.

LUIS. Corriente; pero no respondo de las consecuencias.

RAIM. Yo respondo de todo.

LUIS. ¡Quiera Dios que no tengas que arrepentirte! Voy á disponer lo necesario para mi partida... ¡Ah! Te prevengo que no sé mentir, ni disimular; y que si bien pienso darme vida de príncipe, haré un aristócrata de pega. (Vase.)

ESCENA XII.

RAIMUNDO, á poco la MARQUESA, ELENA, LAURA y PABLO.

RAIM. ¡Por fin he logrado decidirle!... ¡Y no deja de tener razón! El plan es arriesgado; pero no retrocedo. Solo falta que Pablo desempeñe tan hábilmente su embajada, que mi familia caiga en el lazo. Aquí vienen todos.

MARQ. Raimundo, acabo de saber que los electores católicos y monárquicos de Bombignac solicitan que representes su distrito en el Parlamento.

RAIM. Pablo ha traido la comisión de darme esa noticia.

LAURA. ¿Con qué te vas? (Ap.) (¡Quién pudiera ser diputado!)

MARQ. Tú, ¿qué resuelves?

RAIM. Creo, mamá, que no tengo condiciones para desempeñar un cargo tan difícil.

MARQ. Es muy fácil defender la razón.

RAIM. Para los hombres honrados, la política es un manantial inagotable de disgustos.

LAURA. ¿No quieres aceptar? ¡Me alegro!

RAIM. ¿Yo?...

LAURA. Quédate con nosotros.

RAIM. (Á la Marquesa.) Á usted, ¿qué le parece?

MARQ. Creo que debes sacrificarte por la buena causa; y si Elena piensa como yo...

ELENA. Mucho me disgustará la ausencia de Raimundo, pero el deber es antes que todo.

RAIM. Sentiría que me derrotasen. Dice Pablo que en Bombignac hay pocos partidarios de nuestras ideas.

PABLO. Es cierto.

MARQ. Allí como en todas partes, la mayoría no tiene opinión. Si consigues catequizar á los indiferentes y mover á los rehacios; tuya será la victoria.

PABLO. Sin duda.

RAIM. No hay más que hablar. Ya que ustedes se empeñan, me sacrificaré por la buena causa.

PABLO. Te advierto que el periodo electoral empieza pasado mañana; y que debes ponerte en camino inmediatamente.

LAURA. ¡Tan pronto!

MARQ. Es preciso, si ha de evitar que le ganen por la mano. En estos asuntos, el éxito depende de la actividad.

RAIM. Entónces, que arreglen mi equipaje.

PABLO. Hay tiempo de sobra. El tren que viene de París con dirección á Burdeos, no llega á la estación de Poitiers hasta las cinco, lo más pronto.

ESCENA XIII.

DICHOS, el BARÓN.

El Barón trae un pliego en la mano.

RAIM. (Al Barón.) ¿Quiere usted algo para Bombignac?

BARON. ¿Cuándo se va usted?

RAIM. Esta tarde.

BARON. No es posible.

RAIM. ¿Por qué razón?

BARON. Dige á usted hace poco que estaba trabajando en favor suyo, y que muy pronto sabría el resultado de mis gestiones. Oiga usted lo que me dicen en esta carta. (Leyendo.) «Querido Barón; el comité electoral del »cantón de Poitiers acabá de aceptar como candidato »al señor conde de Chanteleur. Queda usted servido, »y tengo el honor, etc.» ¿Qué tal? ¡Cuando yo me empeño en una cosa!

RAIM. (Ap.) (¡Imbécil!)

LAURA. ¡Qué alegría! Ya no te separarás de nosotros.

MARQ. Siendo dos los distritos que te solicitan, debes preferir éste, donde tienes tu residencia y tus amigos.

ELENA. Es natural.

RAIM. (Á la Marquesa.) Por lo mismo que aquí todos me conocen, no quiero preferir el distrito de Poitiers. Una

derrota en Bombignac me sería indiferente; pero el desaire de mis paisanos me pondría en ridículo.

BARON. Yo le aseguro á usted el triunfo.

RAIM. Nadie es profeta en su patria. Además, no me parece digno del conde de Chanteleur, ir mendigando votos de sus abastecedores, de sus colonos y hasta de sus criados.

MARQ. Puede que tengas razón.

BARON. ¿De modo que desprecia usted la confianza conque le distingue el Comité electoral del Cantón de Poitiers, y no estima lo mucho que he trabajado en su favor?

RAIM. Yo no he pedido á usted que se moleste; y siento no poder utilizar el fruto de sus gestiones. Las aprecio sobre manera, y daré gracias por escrito á los señores del Comité, antes de marcharme.

BARON. (Ap.) (¡Me he lucido! ..)

ELENA. Que me escribas con frecuencia.

RAIM. Así lo haré.

MARQ. Y que nos des cuenta de todo.

RAIM. De todo, de todo. (Ap.) (¡De buena me he librado!)

PABLO. (Aproximándose á Raimundo y estrechando su mano.) Puesto que prefieres combatir en Bombignac, desearé que salgas airoso. (Ap.) (Si tropiezas con Anastasia, no te des por entendido...)

RAIM. (Ap.) (Te aseguro que no le diré una sola palabra.)

BARON. Agradecería á usted que hiciese una visita á mi primo el Barón Tancredo de Cutrás, pues hace muchos años que no le veo, y se alegrará tener noticias mías.

RAIM. No lo olvidaré.

ESCENA XIV.

DICHOS, un LACAYO y LUIS.

LACAYO. El almuerzo está servido. (Se retira.)

RAIM. ¡Santa palabra!

ELENA. (Á Pablo.) Á usted le toca darme el brazo.

PABLO. (Dando el brazo á Elena.) ¡Bendigo mi suerte! (Vase con Elena. El Barón va á ofrecer el brazo á Laura y la Marquesa se interpone.)

MARQ. (Al Barón.) Usted conmigo.

BARON. (Dando el brazo á la Marquesa.) ¡Ah! sí. (Vase con la Marquesa.)

LUIS. (Ap. á Raimundo.) Mi frac está apolillado y me llevo el tuyo.

RAIM. Bien hecho.

LAURA. (Á Raimundo cogiéndose de su brazo.) ¡Ingrato! ¡Nos dejas y te vas tan contento!

RAIM. Hay que sacrificarse por la buena causa. (Ap.) (¡Si supiesen!) (Vase con Laura.)

LUIS. (Que ha quedado solo.) Pues señor. Vamos á representar durante algunos días el papel de rico y de conde; trabajo que no desagradaría á ninguno, por muy republicano que fuese. (Vase y cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración del acto anterior. Sobre un velador en timbre.

ESCENA PRIMERA.

JULIA, después LUIS.

Julia trae una cesta, se aproxima á la puerta lateral de la izquierda, segundo término; escucha y se retira, dejando la cesta sobre una silla.

JULIA. No se oye nada... Duerme sin duda; pero me encargó que le llamase á las diez, y ya han dado. (Da tres golpecitos con los nudillos en la puerta, se oye inmediatamento desechar una llave, la puerta se entreabre y Luis asoma la cabeza.)

LUIS. ¿Puedo salir sin que me vean?

JULIA. Sí, señor.

LUIS. ¿Qué es de las señoras?

JULIA. Están oyendo misa, y con ellas nuestro huésped, el señorito Pablo. ¡Ah! y el Barón, que acaba de llegar al castillo.

LUIS. Me extraña encontrar aquí todavía al conde de Morard.

JULIA. Le rogó la señora Marquesa que permaneciese en el

castillo hasta la vuelta de ustedes, y como es tan amable...

LUIS. ¿Ha notado alguno mi venida?

JULIA. Nadie. Cuando, por aviso del jardinero, abrí á usted esa puerta que da al parque, (Señalando la del foro.) todos dormían en la casa, menos los criados.

LUIS. El jardinero me ha ofrecido guardar secreto, y lo hará.

JULIA. ¿Qué interés tiene usted en ocultarse?

LUIS. Cumplo las órdenes del señor conde de Chanteleur.

JULIA. ¿Por qué no ha venido el amo con usted? Desde anteayer le estamos esperando, y mi señora no cesa de suspirar, temiendo si le habrá sucedido alguna desgracia,

LUIS. (Ap.) (¡Pobre Elena!)

JULIA. (Señalanbo la cesta.) Ahí tiene usted provisiones de boca.

LUIS. Gracias, Julia. ¡Eres muy servicial!

JULIA. Si ha de seguir usted encerrado...

LUIS. Avísame cuando acabe la misa; y si traen alguna carta para mí, échamela por la ventana baja de esa habitación, donde volveré á esconderme en seguida.

JULIA. Asi lo haré. (Vase.)

ESCENA II.

LUIS, después JULIA.

LUIS. Hace tres días que no puedo dormír pensando en mi situación, que es gravísima. Al entrar aquí juzgué conveniente ocultarme para evitar explicaciones; pero si Raimundo no vuelve, ni me escribe, tendré que arrostrar el conflicto. El juéves llegué á Poitiers. y el dueño de la fonda del Palacio me entregó un pliego cerrado que le había remitido Raimundo para mí dentro de otro sobre. La carta me turbó de tal modo, que tuve necesidad de leerla varias veces para convencerme de que se me ordenaba venir al castillo. (Saca una carta.) Es lacónica, pero clara. (Lee.) «No sé cuando podré emprender mi viaje de vuelta. Me de-

tiene en París un lance de honor. provocado por cierto galán que persigue á Sidonia. Si salgo ileso, me reuniré contigo en Poitiers el viérnes por la mañana; espérame, y si no llego, vete al castillo y allí recibirás instrucciones.» No llegó; me detuve en la fonda el viérnes, y el sábado por añadidura; pero como es aquí donde he de recibir noticias vengo á esperarlas. Afortunadamente he logrado interceptar en el pueblo durante tres días los periódicos que traen al castillo, y no he tenido tranquilidad para escribir á Anastasia, único recuerdo grato de esta maldita espedición.

JULIA. (Desde la puerta.) La misa terminó y todos vienen á esta sala.

LUIS. Me escapo. (Se dirige á la puerta por donde salió.)

JULIA. Que se deja usted la cesta.

LUIS. ¡Es verdad! (Toma la cesta, vase y cierra con llave por dentro.)

ESCENA III.

JULIA, la MARQUESA, ELENA, LAURA, PABLO y el BARÓN.

ELENA. (Á Julia) ¿Han traido el correo?

JULIA. No, señora (Vase.)

MARQ. Probablemente no tendremos noticias de Raimundo hasta que se digne volver, que será cuando le convenga.

BARON. Es raro que no haya escrito á ustedes el motivo de su detención.

PABLO. Puede que se haya extraviado la carta.

LAURA. Sin duda. Hace tres días que no hemos recibido periódicos.

ELENA. (Al Barón.) ¿Qué dicen de elecciones los últimos que han llegado á Poitiers?

BARON. No los he leído.

MARQ. Desengáñate, Elena; cuando tu esposo no contesta á

la carta de su amigo Pablo, es que nada le importa su familia.

LAURA. (Ap.) (¡No le interesa mi felicidad!)

PABLO. ¡Por Dios, señora! Raimundo ha debido estar ocupadísimo; y yo le agradezco que me trate con toda confianza.

BARON. Apostaría cualquier cosa á que el señor Conde ha salido derrotado, y que esa es la causa de su silencio.

MARQ. Raimundo no sirve para nada. Yo, en su lugar, hubiera revuelto cielo y tierra para conseguir mi pretensión.

ELENA. Si le han derrotado, nosotros le consolaremos.

LAURA. En ninguna parte ha de estar mejor que con nosotros. ¡Ah! ya me olvidaba de mis pájaros. Vamos, Pablo, que nos estarán echando de menos.

PABLO. Vamos allá. (Mirando su reloj.) Hoy almorzarán algo más tarde que de costumbre.

LAURA. (Al Barón.) Si quiere usted acompañarnos, verá con qué alegría nos reciben.

BARON. ¡Vaya si quiero! Por estar cerca de usted me encerraría en la pajarera.

PABLO. (Ap.) (¡Qué mentecato!) (Vanse Laura, Pablo y el Barón.)

ESCENA IV.

LA MARQUESA, ELENA y después un LACAYO.

ELENA. Ha sido un acontecimiento feliz para nosotros la venida de Pablo. No podíamos apetecer mejor esposo para mi hermana.

MARQ. El Conde de Morard es todo un caballero, ilustre, rico, y de costumbres irreprensibles, y está muy enamorado de Laura. Tu marido debió contestar inmediatamente á la carta de Pablo, dándole su aprobación. (Viendo al Lacayo.) ¿Qué hay? (El Lacayo trae dos cartas en una bandeja.)

LACAYO. El correo.

MARQ. Dame. (Toma las cartas y el Lacayo se va.)

ELENA. ¿Escribe Raimundo?

MARQ. Le escriben á él. (Examinando las cartas.) Una tarjeta postal. Veamos que dice.

ELENA. ¿Va usted á leerla?

MARQ. ¿Por qué no? Las tarjetas postales no tienen sobre, y cualquiera puede enterarse de su contenido.

ELENA. Yo leo únicamente las que son para mí.

MARQ. Tú eres una simple. (Leyendo.) «Ciudadano Raimundo: »obras son amores y no buenas razones. Considera »bien lo que haces, y no olvides que el pueblo tiene »sus ojos fijos en tí. ¡Viva la república!—El Presi»dente de la Unión federal de obreros, *Roberto Poi»rot.*» (Dejando de leer.) ¡Uf!... (Tira la tarjeta al suelo.)

ELENA. ¡Eso parece una amenaza!

MARQ. No. Esto significa que los republicanos de Bombignac han derrotado á Raimundo; y se burlan de él dándole cantaleta.

ELENA. ¡Qué grosería!

MARQ. (Dando vueltas á la carta.) ¡Mucho pesa esta carta!... ¡Y trae el timbre de Bombignac!... ¿Luego no se encuentra allí tu marido?...

ELENA. ¿Dónde ha de encontrarse?

MARQ. Échale un galgo... (Oliendo la carta.) ¡Cómo huele á opoponax!... Pues la letra del sobre parece de mujer... Mira.

ELENA. Sí...; pero hay hombres que escriben de ese modo.

MARQ. Pronto saldremos de dudas. (Intenta abrir el sobre.)

ELENA. ¿Qué vas á hacer? Esa carta es para Raimundo, y no debes abrirla.

MARQ. Si tú la abrieses, cometerías una indiscreción... disculpable; pero yo faltaría á mi deber, si no la leyera.

ELENA. ¡Por Dios, mamá! ¡Te suplico que no la abras!

MARQ. ¡Tu dicha es primero que todo! (Rompe el sobre.)

ELENA. Haz lo que gustes; pero como yo no desconfío de Raimundo, ni quiero saber nada, me voy. (Vase.)

ESCENA V.

LA MARQUESA.

MARQ. ¡Qué necia confianza!... ¡Si conociese á los hombres como yo, no viviría tan satisfecha!... (Saca del sobre un retrato de fotografía.) ¡Un retrato de mujer!... (Viéndolo por detrás.) ¡Ah! vamos, tiene su dedicatoria. (Leyendo.) «Al conde de Chanteleur, en testimonio del más ver»dadero cariño, *Anastasia de Valboise.*» ¿Qué tal? desde que ví esta carta, sospeché que traía gato encerrado... Luego añade: (Vuelve á leer.) «Inolvidables »recuerdos: Gruta de los Arcos, veinte de Julio, »Gruta del Pastor, veinte y cinco de Julio; Gruta del »Oso Negro, primero de Agosto...» (Hablando.) ¡Y basta de grutas! Los vecinos de Bombignac deben habitar en cuevas, como los salvajes. (Saca la carta.) La cartita estará en armonía con la dedicatoria. (Lee.) «Amor mío...» (Hablando.) ¡Qué descaro! (Sigue leyendo.) «Acaban de enviarme la primera prueba de mi »fotografía, y te la remito, como te ofrecí. Acaso te »contentes con poseer mi retrato; pero como yo no »puedo soportar el tormento de tu ausencia, he de»cidido reunirme contigo; y cuando termine ciertos »asuntos de interés que me detienen en Bombignac, »iré á Poitiers y te daré aviso de mi llegada.» (Hablando.) ¿Es decir, que viene á buscarle? ¡Valor se necesita para escribir esta carta, y tomar semejante resolución! Tal vez crea que se trata de un hombre soltero... De todos modos, es necesario que Raimundo ignore el arribo de esa mujer, hasta que yo me aperciba para cuanto pueda ocurrir. (Guarda la carta y el retrato.)

ESCENA VI.

LA MARQUESA, LAURA, PABLO, el BARÓN, ELENA y RAIMUNDO; después JULIA.

Entran por el orden con que van nombrados.

LAURA. ¡Ya está aquí, ya está aquí!

MARQ. ¿Quién?

PABLO. Raimundo.

BARON. ¡El hijo pródigo!

MARQ. (Con sequedad.) Lo celebro. (Raimundo entra, llevando de la mano á Elena; se adelanta como para abrazar á la Marquesa, y se detiene al verla inmóvil.)

RAIM. ¡Mi querida Mamá!...

MARQ. Buenos días.

RAIM. (Ap.) (¡Hay tormenta!... ¿Dónde estará Luis?)

LAURA. ¡Si vieras con qué ansiedad estábamos todos, temiendo si te habría sucedido alguna desgracia!

RAIM. Ninguna. Lejos de eso, lo he pasado bastante bien.

MARQ. (Ap.) (¡Cómo se relame el muy bribón!)

ELENA. La alegría de verte bueno, recompensa todos mis disgustos.

RAIM. (Ap) (¿Dónde estará mi secretario?) (Alto á Pablo.) ¡Cuánto celebro encontrarte en el castillo!

ELENA. Ya te dije, que, cediendo á nuestros ruegos, consentía Pablo en acompañarnos hasta que volvieses.

RAIM. Es verdad; y lo agradecí mucho.

PABLO. ¿Qué nos cuentas de tu peregrinación?

RAIM. ¡Ah, si... pues... lo que sabeis.

MARQ. Nada sabemos.

RAIM. Luis ha debido contar á usted es...

ELENA. Luis no ha venido.

RAIM. Es extraño, porque le envié delante de mí.

MARQ. Como tú no tenías prisa en regresar, tampoco la ha tenido él.

RAIM. (Ap.) (¡Majadero!... ¿Quién me saca ahora del apuro?)

MARQ. Desde que abandonaste el Castillo hemos recibido tres cartas tuyas, que lo mismo podían haberse escrito en Bombignac, que en San Petesburgo, pues no se encuentra en ellas una sola noticia de aquel pueblo, ni del asunto que allí te llevó.

RAIM. Daba á ustedes cuenta del estado de mi salud, que era lo principal. Pero he tomado apuntes de las impresiones de mi viaje, y prometo escribirlas.

MARQ. (Ap.) (¡Qué cinismo!) (Alto.) Las impresiones de Bombignac no podrán menos de ser muy grutescas, digo... grotescas.

ELENA. En vez de tomar esos apuntes, debiste responder á la carta de Pablo.

RAIM. ¿La carta de Pablo?... ¡Ah, sí!

PABLO. Sus muchas ocupaciones se lo habrán impedido.

RAIM. Es verdad. Tenía que atender á otros asuntos más interesantes.

ELENA. ¿Más interesante que el de Pablo? Lo dudo.

LAURA. (Ap.) (¡Reniego de la política!)

RAIM. Quise decir, más urgentes. (Ap.) (¿Para qué me escribiría?)

PABLO. Ya me dirás de palabra tu parecer.

RAIM. Sí, sí... cuando descanse. No corre prisa.

MARQ. Por el único número que nos remitiste del periódico que se publica en aquella localidad, sabemos que has estado muy elocuente, y sobre todo muy espresivo.

RAIM. ¡Phs!... En el mediodía de Francia se habla con vehemencia por efecto del clima y de los alimentos.

MARQ Dicen que aquella gente es muy aficionada á las grutas.

RAIM. Mucho.

MARQ. Supongo que no habrás dejado de ver la del Oso Negro.

RAIM. ¿Qué había de dejar? Las he recorrido todas.

MARQ. (Ap.) (¡No tiene pizca de vergüenza!)

BARON. Sepamos al fin, cómo ha salido usted de las elecciones.

RAIM. Hombre... ni bien, ni mal.

MARQ. Eso no puede ser.

RAIM. Vaya si puede. En estas luchas hay que considerar el resultado de dos maneras enteramente distintas. Cuando se alcanza la diputación por una mayoría tan numerosa como despreciable, el triunfo es una verdadera derrota. Para el que sale vencido, á causa de no merecer otros sufragios que los de las personas honradas, su derrota es un verdadero triunfo.

ELENA. Seguramente.

BARON. Pero, en suma, ¿cuántos votos ha tenido usted?

RAIM. No hablemos de votos.

MARQ. ¿Por qué no? Nada importa haber alcanzado pocos, si son buenos.

BARON. ¿Ciento?... ¿Ciento cincuenta?...

RAIM. (Ap.) (¡Qué compromiso!)

PABLO. Dílo sin reparo.

RAIM. (Ap.) (Pues allá va.) (Alto.) Doscientos... veinticinco.

BARON. Pocos son.

RAIM. Pues crea usted que Luis y yo hemos trabajado bastante.

MARQ. Recelo que las grutas te han entretenido más de lo conveniente.

RAIM. No señora.

ELENA. (Ap. á la Marquesa.) (Por qué le dices eso?)

MARQ. (Ap. á Elena.) (Ya lo sabrás.)

BARON. Si hubiera usted admitido el distrito de Poitiers, hoy sería diputado,

LAURA Más vale que no lo sea, y qne atienda á su casa.

BARON. (Á Raimundo.) ¿Ha visto usted á mi primo?

RAIM. ¿Qué primo?

BARON. El Barón Tancredo de Coutrás. No sé de él hace diez años.

RAIM. ¡Ah, sí! el Barón Tancredo... de Coutrás.

BARON. ¿Cómo sigue?

RAIM. Pues... no le he visto... porque se ha muerto. (Ap.) (Y si no se ha muerto, se morirá... y es lo mismo.)

BARON. ¡Oh! ¿qué dice usted?... ¡Un hombre tan robusto!...

¿De qué ha muerto?

RAIM. De... De repente. (Ap.) (Y punto final.)

BARON. ¡Qué desgracia!... Adios, señores.

MARQ. ¿Dónde va usted?

BARON. Á ponerme de luto.

MARQ. ¿Tan pronto? Déjelo usted para mañana.

BARON. Verdaderamente no corre prisa; eramos primos en décimo sexto grado, y nos veíamos cada diez años á lo sumo.

RAIM. Ahora es probable que tarde usted más en verle.

BARON. ¡Dios lo quiera!

ESCENA VII.

DICHOS y LUIS.

Luis asoma la cabeza por la puerta, observa y luego entra.

LUIS. (Ap.) (¡Ha vuelto Raimundo! ¡Y yo que me he dormido!) (Entrando.) ¡Buenos días, señores!

RAIM. ¡Luis!

MARQ. No sabíamos que estuviese usted en casa.

LUIS. Vine muy temprano; no había descansado en toda la noche, y me he dormido como un tonto en el cuarto de Raimundo.

RAIM. (Ap.) (¡Como un bárbaro! ¡Buena ocasión para dormir!)

LUIS. (Ap.) (¡Con tal de que Raimundo no haya desbarrado!) (Alto á Raimundo.) ¿Hace mucho que llegaste?

RAIM. Muy poco.

LUIS. (Ap.) (Del mal el menos.)

BARON. (Á Luis.) ¿Conque se ha trabajado bastante?

LUIS. Alguna cosa.

BARON. No conozco el censo electoral de ese distrito.

LUIS. Tres mil electores.

BARON. Muy desairada resulta la candidatura de Raimundo, con relación al censo.

LUIS. Perdone usted. Allí han luchado legitimistas, orleanistas, bonapartistas, republicanos conservadores, re-

publicanos radicales, comunistas, etcétera, etcétera, etcétera.

MARQ. ¿Hay más partidos aún?

PABLO. Tantos como personas.

LUIS. Y sin embargo, los mil seiscientos votos que ha obtenido Raimundo, componen una mayoria absoluta.

RAIM. (Ap.) (¿Qué dice?)

BARON. ¡Mil seiscientos votos de mayoría!

MARQ. (Á Raimundo.) Entonces no es cierto lo que nos has contado.

RAIM. ¿Yo?... (Ap.) (¿Quién había de imaginar?...) (Alto.) Pues bien, señores, basta de ficción. Dije que no habia obtenido más que doscientos veinticinco votos para ver el efecto que les causaba á ustedes mi derrota, y proporcionarles después una grata sorpresa.

LUIS. (Ap.) (¡Una grata sorpresa!... ¡Si supiese!)

PABLO. ¿Conque eres diputado?

ELENA. (Á Luis.) ¿De veras?

LUIS. Sí, señora. (Ap.) (¡Por su desgracia!)

LAURA. ¡Diputado!...

PABLO. Creía imposible que siendo monárquico, pudieras alcanzar tantos votos.

MARQ. Cuando se lucha con fé por una buena causa, el éxito es seguro.

RAIM. ¡Oh, la buena causa sobre todo! ¿Pues si no hubiera sido por eso?...

LUIS. (Ap. á Raimundo.) ¡Cállate!

RAIM. ¿Eh?...

PABLO. En estos combates, la bondad de la causa favorece poco, y á veces perjudica. Es preciso cabildear, ver á todos, hablar á cada uno en su lenguaje, y prometer hasta lo que no se puede cumplir. Malos ratos habrás llevado.

RAIM. Naturalmente; Luis, sobre todo; pero cuando uno logra sus deseos...

LUIS. (Ap. á Raimundo.) ¿Quieres hacerme el favor de callar?

RAIM. (Ap. á Luis.) ¿Por qué he de callar?

MARQ. Espero, Raimundo, que defenderás nuestros principios en el Parlamento con el valor de un héroe.

RAIM. ¡Vaya si los defenderé!

LUIS. (Ap. á Raimundo.) No digas más tonterías.

MARQ. Ese noble propósito me reconcilia contigo; y puede que te conceda indulgencia plenaria.

RAIM. No recuerdo haber hecho nada que necesite perdón.

MARQ. Yo te lo recordaré más adelante. Ahora tratemos del triunfo de tu candidatura. Hay que celebrarlo...

LAURA. Sí, sí; con un baile.

MARQ. Nada de bailes.

BARON. Propongo que los guardabosques hagan salvas con sus carabinas cada dos horas.

RAIM. No me parece mal.

ELENA. Pondremos iluminación esta noche.

RAIM. ¡Por supuesto! En las cuatro fachadas y en las torres.

LUIS. (Ap.) (¡Cuánto desatino!)

MARQ. Lo mejor y lo primero que debe hacerse es cantar un *Tedeum* en la capilla.

LUIS. (Ap.) (¡Ya escampa!...)

RAIM. ¡Gran idea!

LUIS. (Ap. á Raimundo.) ¡No lo consientas!

RAIM. (Ap. á Luis.) ¿Quieres dejarme en paz?

MARQ. Vamos á disponer los festejos.

TODOS menos LUIS. ¡Vamos, vamos! (Vanse la Marquesa, Elena, Laura, Pablo y el Barón.)

LUIS. (Sujetando á Raimundo.) ¡Espera un momento!

ESCENA VIII.

RAIMUNDO y LUIS.

RAIM. ¿Qué me quieres?

LUIS. Quiero que no consientas esas públicas demostraciones de regocijo, y que pensemos el modo de conjurar la tormenta, antes de que se descubra la verdad.

RAIM. ¿Qué verdad? ¿No he salido diputado?

LUIS. Sí, hijo mío, sí; pero diputado republicano, ó mejor dicho, comunista.

RAIM. ¡Déjate de bromas!

LUIS. Hablo con toda formalidad.

RAIM. ¡El conde de Chanteleur, diputado comunista? No es posible.

LUIS. Comprendo tu admiración; y esperaba que habías de enfurecerte; pero ¿qué remedio? Yo tengo parte de la culpa, y debo darte la triste nueva, antes que lo averigue tu familia.

RAIM. ¿Yo diputado republicano? ¡Si no lo quiero creer!

LUIS. Ya te convencerás cuando leas el acta.

RAIM. ¿Con que es cierto?

LUIS. Desgraciadamente.

RAIM. (Encolerizado.) ¡Quítate de mi vista!

LUIS. Óyeme, por favor.

RAIM. Pero ¿cómo ha sido eso? Yo te envié para que presentases mi candidatura, y te previne que no habías de trabajar nada para conseguir su triunfo.

LUIS. Para presentar la candidatura era forzoso concurrir á la primera junta; fuí, y dije: «soy el conde de Chanteleur, y solicito vuestros sufragios.» «¡Un conde, un conde!», gritaron todos tumultuosamente; después uno me ordenó que publicase mi programa político.

RAIM. Debiste contestar únicamente: soy legitimista.

LUIS. Me hubieran despedazado. Respondí que aborrecía los programas, porque nadie los cumple; me provocaron, suponiéndome enemigo de la libertad y de todo progreso; mediaron réplicas muy acaloradas, y sin saber cómo, herido mi amor propio, arrastrado por mis convicciones, y exaltándome la influencia de tantas miradas, pronuncié un discurso enérgico y muy democrático. He aquí la historia de mi campaña política.

RAIM. ¡Bonita campaña!

LUIS. Al día siguiente me convidó á sus reuniones una mujer encantadora.

RAIM. Alguna comunista.

LUIS. Una dama ilustre; y en poco tiempo recorrimos la distancia que media entre la amistad y el amor, cuyo culto fué desde entonces mi ocupación exclusiva en Bombignac.

RAIM. ¿De manera que sin otras gestiones que tu maldito discurso, me han elegido diputado?

LUIS. Aquellas gentes son muy impresionables, y por lo mismo que se tienen por demócratas, gustan que los represente todo un conde de Chanteleur.

RAIM. ¡Que los represente el demonio! (Se pasea muy agitado. Parándose.) ¿Y qué hacemos ahora?

LUIS. Renunciar la diputación.

RAIM. ¡Claro está que renunciaré! Pero eso no me libra del furor de mi suegra, del disgusto de mi esposa y del escarnio de cuantos me conocen.

LUIS. Ya te dije que no respondía de las consecuencias; que no sé mentir, y que tu proyecto era una locura. Te esperé en Poitiers inútilmente un día más de lo que me prevenias en tu carta, para contarte lo sucedido y ponernos de acuerdo; pero no llegaste ni el viernes ni el sábado, y el conflicto es ahora más difícil de remediar. El dichoso duelo tiene la culpa de todo.

RAIM. Salí bien de él y pronto; pero Sidonia no terminaba su compromiso en el teatro de Variedades hasta el viernes; va á dar algunas funciones en Burdeos, y quiso acompañarme. La dejo en la fonda del Palacio de Poitiers, donde permanecerá tres ó cuatro días.

LUIS. ¡Reniego de Sidonia!

RAIM. Y yo reniego de tu discurso, y de la hora en que pensé valerme de tí.

LUIS. (Ofendido.) ¡Gracias! Pero descuida, que no te molestarán mucho tiempo mis torpezas. (Vase.)

ESCENA IX.

RAIMUNDO, á poco la MARQUESA y ELENA.

RAIM. ¡Ahí tiene usted para lo que sirven los hombres de bien! Con la mejor buena fé del mundo, olvidando que representaba mi persona, me ha colocado Luis en la situación más crítica que puede imaginarse.

MARQ. (Furiosa.) ¡Caballero, contésteme usted inmediatamente sin rodeos, ni embustes, ni subterfugios.

RAIM. (Ap.) (¡Ya empezó Cristo á padecer!)

MARQ. ¿Es verdad lo que dicen?

RAIM. ¿Qué dicen?

ELENA. Que eres diputado republicano.

RAIM. ¿Yo diputado republicano? ¡Qué disparate!

MARQ. Es inútil que lo niegue usted. Acabo de leerlo en nuestro periódico.

RAIM. Los periódicos refieren todas las noticias que les dan por absurdas que sean, con el propósito de rectificarlas después.

MARQ. No se dan esas noticias sin gran fundamento.

RAIM. El fundamento habrá sido alguna correspondencia de Bombignac. Los partidos políticos viven de ilusiones, y todo lo interpretan á medida de su deseo. Me oyeron hacer algunas concesiones en armonía con el espíritu del siglo, y les bastó para considerarme republicano.

MARQ. ¿Con qué hizo usted concesiones contrarias á nuestras ideas, afiliándose en el partido liberal? ¡Qué abominación!

RAIM. No tanto, señora. Puede que, en el calor de la lucha, herido mi amor propio con la desconfianza de los electores, y arrastrado por... el deseo de destruir los argumentos de mis contricantes, fuese... algo más allá de lo que convenía; pero entre esto y lo que usted

supone, hay gran diferencia.

MARQ. Ninguna. ¡Diputado republicano el conde de Chanteleur, cuyos antecesores fueron á las Cruzadas con Godofredo de Bullón!

RAIM. Yo los hubiera querido ver en Bombignac pronunciando discursos.

ELENA. ¡Si no hubieras hecho otra cosa que pronunciar discursos desde que te separaste de nosotros!...

RAIM. ¿Qué quieres decir?

MARQ. ¡Lo sabe todo!

RAIM. ¿Qué sabe?

ELENA. Sé que has dedicado esta ausencia al galanteo de una mujer...

RAIM. ¿Yo? (Ap.) (¿Cómo han podido averiguar?)

MARQ. De una dama, que te sigue hasta Poitiers.

RAIM. ¡Otra calumnia! (Ap.) (¡Me han visto llegar con Sidonia!)

ELENA. Puede usted volver á reunirse con ella.

RAIM. Por Dios, Elena; yo te juro...

ELENA. (Viendo venir á Julia.) Basta. No hay necesidad de que se enteren los criados.

ESCENA X.

DICHOS, JULIA.

JULIA. Ha venido un hombre de Poitiers con encargo de decir al señor Conde que cierta señora le espera en la fonda del Palacio.

RAIM. ¿Á mi? (Ap.) (Esto se complica.)

MARQ. Dile que entre.

JULIA. Se ha marchado.

MARQ. Retírate. (Vase Julia.)

ELENA. (Á Raimundo.) ¿Qué tenia usted que jurarme?

RAIM. Que ni conozco á esa mujer, ni quiero visitarla... (Ap.) (Sidonia ha perdido el juicio.)

MARQ. (Viendo venir al Barón.) Ahora lo veremos. (Toca un timbre.)

ESCENA XI.

DICHOS, EL BARÓN y un LACAYO, después LAURA.

RAIM. ¡Yo voy á estallar!

MARQ. (Al Lacayo.) Que pongan la carretela. (Vase el Lacayo.)

BARON. (Entrando.) Ya están preparados los festejos.

MARQ. Barón, ¿quiere usted hacerme el obsequio de ir á Poitiers, buscar una señora que acaba de llegar y se hospeda en la fonda del Palacio, y decirla que va usted á traerla al castillo de parte del conde de Chanteleur?

BARON. Para mi es una felicidad complacer á usted y á Raimundo.

RAIM. (Ap.) ¡Maldito seas!

MARQ. Tiene usted un carruaje á su disposición.

BARON. Hasta luego. (Vase.)

ELENA. (Á la Marquesa.) Pero ¿qué pretendes?

MARQ. Un careo.

ELENA. ¡No, por Dios!

MARQ. Déjame hacer. (Elena se deja caer sobre una silla, y se cubre el rostro con las manos. Raimundo se aproxima á ella y después á la Marquesa.)

RAIM. ¡Elena!...

ELENA. ¡Déjeme usted!

RAIM. ¡Señora!... (Se oyen algunos tiros; la Marquesa se sorprende, y Elena se levanta asustada.)

MARQ. ¿Qué es esto? ¡Ah, las salvas! (Toca el timbre repetidas veces y con fuerza. Laura entra precipitadamente.)

LAURA. Venid pronto, que va á cantarse el *Tedeum*. (Se oye el toque de una campana y el sonido del órgano. La Marquesa corre desatinada de una parte á otra.)

MARQ. ¡Para canciones estamos ahora! (Al Lacayo, que entra.)

¡Que cesen los disparos! ¡Que calle esa campana!... ¡Que cierren la capilla!...

LAURA. ¿Pero qué sucede?

MARQ. Sígueme. (Va hacia la puerta, y se detiene para decir mirando á Raimundo.) ¡Adúltero y demagogo!... ¡Pobre hija mía! (Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoración de los actos primero y segundo. Sobre una mesa varios libros.

ESCENA PRIMERA.

RAIMUNDO y PABLO.

Aparecen sentados.

RAIM. Ya lo sabes todo.

PABLO. Desde que volviste, me pareció advertir que sucedía algo inexplicable, extrañándome tu embarazo al responder y la acritud de la Marquesa; pero, ¿cómo imaginar lo que acabas de referirme? Yo ignoraba tus relaciones con Sidonia y creí de buena fé que venías de Bombignac. Verdaderamente, el haber encargado á Luis que tomase tu nombre, fué una ocurrencia merecedora del castigo que estás recibiendo, y una supercheria indigna de tí.

RAIM. ¡Aprieta, hijo, aprieta!

PABLO. Digo lo que siento y me quedo corto.

RAIM. ¿Has acabado de reprenderme?

PABLO. Sí, puesto que te desagrada mi opinión.

RAIM. Sé que obré mal; y, aunque tarde, estoy arrepentido.

Por lo tanto, no necesito que me des tu opinión acerca de lo hecho, sino sobre lo que debo hacer. Sidonia va á llegar inmediatamente confiada en que soy yo quien la manda venir; es altiva y por extremo irascible: yo... negaré que la conozco; ella no comprenderá mi situación; y como no es mujer que sufre humillaciones, si mi suegra la insulta, tendremos un escándalo mayúsculo. Lo peor de todo es que la pobre Elena vendrá á pagar sin culpa alguna mis extravíos y las imprudencias de su mamá.

PABLO. Sí, si...la llegada de Sidonia al castillo va á producir fatales resultados. No obstante, el Barón ha debido sospechar que tú no tienes interés en que venga esa dama; y si median entre las dos algunas explicaciones, no la traerá.

RAIM. El Barón es un mentecato y nada bueno espero de él. Tú sí que podías salvarme.

PABLO. ¿Yo, cómo?

RAIM. Diciendo á la Marquesa que Sidonia, al saber por tu familia que estás aquí y que vas á casarte con mi cuñada, ha venido y procura verme para impedir el casamiento.

PABLO. ¿Por qué ha de impedir mi boda esa mujer á quien no conozco más que de vista?

RAIM. Porque tiene relaciones amorosas contigo.

PABLO. ¿Conmigo?

RAIM. Es un supuesto.

PABLO. Yo no soy hombre de esos tratos.

RAIM. Que lo diga Anastasia.

PABLO. Para que no lo diga, y recobrar mi independencia, le he cedido los bienes que poseía en Bombignac. ¿Te parece justo que después de esto, cargue yo con tus culpas, y pierda el cariño de Laura? No lo esperes.

RAIM. Tú eres soltero; y las mujeres no piden cuenta de lo pasado á sus maridos.

PABLO. Después de casadas, no; pero antes... Me ocurre un medio más sencillo para sacarte del apuro en que te

encuentras.

RAIM. ¿Cuál?

PABLO Yo estaré al acecho, y cuando vea llegar el coche, saldré por esa puerta que da al jardín, y al ofrecer mi mano á Sidonia para que baje de la carretela, le daré disimuladamente un papel que la entere de todo.

RAIM. ¿Y si no lo lee?

PABLO. Le diré al oído que debe leerlo al instante.

RAIM. Bueno es prevenirla; pero temo que no ha de bastar.

PABLO. Algo hay que hacer.

RAIM. Sí, sí; vete á escribir la carta donde nadie te vea.

PABLO. Á mi cuarto. (Vase.)

ESCENA II.

RAIMUNDO, después LUIS.

RAIM. Sidonia es lista; pero imprudente, como lo demuestra el haberme llamado; la escena va á ser terrible, y para librarme de ella abandonaría inmediatamente el castillo, si la fuga no probase mi culpabilidad. (Luis entra con un legajo de papeles y se lo entrega á Raimundo.)

LUIS. Toma.

RAIM. ¿Qué es esto?

LUIS. Las cartas que te dirigió tu esposa á Bombignac, y las cuentas de mi expedición. He gastado mucho; y te reintegraré cuando pueda.

RAIM. El gasto es mío, y me ofendes al hablar de reintegro. ¿Cuándo he consentido yo que nadie pague mis obligaciones?

LUIS. Bien está. (Tomando un libro de la mesa.) Me llevo este libro porque me pertenece.

RAIM. ¡Donosa advertencia! Los míos están siempre á tu disposición.

LUIS. Es que me lo llevo para guardarlo con mi equipaje.

RAIM. ¿Te marchas?

LUIS. Sí.

RAIM. ¿Á dónde?

LUIS. ¿Qué sé yo?... Á la Cafrería. Estoy harto de vivir entre gente civilizada.

RAIM. ¿Quieres decirme por qué huyes de mi lado?

LUIS. Porque me has despedido.

RAIM. Yo no te he despedido.

LUIS. Has renegado de la hora en que se te ocurrió valerte de mí, y es igual.

RAIM. Cuando uno se incomoda, dice mil tonterías; pero á Dios gracias, ni tú deseas abandonarme, ni yo lo consentiré. ¡Ea! perdóname, si crees que te he ofendido, y dame un abrazo.

LUIS. (Conmovido.) ¡Oh, sí!... (Se abrazan.) Después de todo, yo soy quien necesita perdón. Nunca olvidaré los disgustos que te ha proporcionado mi conducta en Bombignac.

RAIM. No hablemos ya de eso. Lo que ahora me preocupa es que Sidonia está en Poitiers; que mi suegra sabe que tengo relaciones con ella; que la ha mandado venir de mi parte; que va á llegar de un momento á otro, y que me han cogido en el garlito.

LUIS. ¡Pobre amigo mío! ¡Si yo pudiese librarte! Dime lo que he de hacer y lo haré, cueste lo que cueste.

RAIM. Es tarde, y no me queda otro recurso que bajar la cabeza.

ESCENA III.

DICHOS y LAURA.

LAURA. (Desde la puerta.) ¿Estorbo?

RAIM. No, hija.

LAURA. Mamá quiere que me encierre en la biblioteca, y que no salga hasta que me avise; por lo cual vengo á pedirte algo agradable que leer. Allí no hay más que librotes viejos.

LUIS. ¿Quiere usted éste? (Le da el libro.)

LAURA. Á ver. (Leyendo el título en el lomo.) «Plutarco. Vidas de »hombres ilustres.» (Dejando de leer.) ¿Es divertido?

LUIS. Muy interesante. El mariscal Turena no se acostaba nunca sin leer un capítulo.

LAURA. Quizá para dormirse.

MARQ. (Dentro.) Cuando venga, que pase á la armería y que espere.

LAURA. ¡Mamá!... Corro á encerrarme. (Vase con el libro.)

ESCENA IV.

RAIMUNDO, LUIS, la MARQUESA.

MARQ. No se vaya usted, Luis.

LUIS. (Ap.) (¿Qué me querra?)

RAIM. Me retiro.

MARQ. Necesito hablar con los dos.

RAIM. (Ap.) (¡Aquí fué Troya!)

MARQ. (Á Raimundo.) Dentro de poco voy á residenciar á esa mujer que estamos esperando, en la sala de armas del castillo, donde los nobles antepasados de usted administraban justicia; pero me precio de prudente, y considerada, y suspenderé todo procedimiento si usted confiesa la verdad y me explica cómo un hombre de sus antecedentes políticos y religiosos ha podido quebrantar los más altos deberes.

RAIM. Mi conciencia está tranquila, y nada me importa que lleve usted adelante sus ridículos procedimientos.

MARQ. ¡Los llevaré!

LUIS. Señora Maquesa, Raimundo es inocente, y yo tengo la culpa de todo.

RAIM. No es verdad.

MARQ. ¿Quién si no Luis, ha convertido á usted en republicano comunista?

LUIS. El conde de Chanteleur es y será siempre monárqui-

co; pero como no tiene costumbre de hablar en público, yo concurría por él á las juntas. En ellas pronuncié un discurso, uno solo, expresándome en sentido algo liberal, porque tales son mis convicciones; y han creído que Raimundo piensa como yo.

MARQ. Raimundo no debió consentir que hablase usted en su nombre; ¡pero como tenía que visitar las grutas del Pastor y del Oso Negro!

LUIS. (Ap.) (¿Eh? ¿Qué dice?)

RAIM. ¿Quiere usted explicarme eso de las grutas?

MARQ. No, señor. Y advierto á usted que esta misma tarde me voy del castillo con mis hijas, para no volver más.

RAIM. ¿También se va Elena?

MARQ. También; y mañana pedirá el divorcio.

RAIM. Imposible.

MARQ. Por consejo mío.

RAIM. Pero, señora; ¿se ha propuesto usted agotar mi paciencia? ¿Con qué derecho pretende gobernar esta casa, residenciarnos á todos, separarme de mi esposa y acibarar mi vida? Dicen que su padre de usted vendía achicorias amargas en lugar de café, y lo creo.

MARQ. (Furiosa.) Respete usted la memoria de mi padre.

RAIM. Digo lo que siento; y quien se va del castillo soy yo con Elena, si me quiere seguir, y si no solito. (Vase.)

ESCENA V.

LUIS y la MARQUESA.

MARQ. ¡Suponer que mi padre, el primer banquero de Europa, vendió achicorias amargas! (Volviéndose hacia la puerta por donde se fué Raimundo.) ¡Insolente! ¡Liberalote!

LUIS. (Ap.) (¿Cómo sabe esta señora que existen en el mundo las grutas del Pastor y del Oso Negro?)

MARQ. Luis, la franqueza con que ha confesado usted su culpa, merece alguna consideración. Mi yerno hizo mal en permitir que usted hablase por él tratándose de política. Pero Raimundo solo procura divertirse, encenagándose en los vicios. ¿Por qué no confió á usted el galanteo de Anastasia?

LUIS. ¿Anastasia?

MARQ. Una traviata.

LUIS. Se equivoca usted, Marquesa. Anastasia es una señora ilustre, hermosísima y digna de todo respeto, á quien amo.

MARQ. ¿Usted la ama, y ella le corresponde?

LUIS. Creo haber merecido esa dicha.

MARQ. (Ap.) (¡Pobre hombre!...) (Alto.) Compadezco á usted.

LUIS. ¿Por qué razón?

MARQ. Porque mientras usted vendía á Raimundo pronunciando discursos liberales. esa... respetable señora vendía á usted dejándose cortejar de mi yerno.

LUIS. No puede ser. (La Marquesa saca el retrato de fotografía y se lo da á Luis.)

MARQ. ¿Conoce usted el original de este retrato?

LUIS. ¡Anastasia!

MARQ. Vea usted lo que tiene escrito en el respaldo.

LUIS. (Leyendo.) Al conde de Chanteleur, en testimonio del más verdadero cariño, Anastasia de Valboise. (Hablado.) ¡Cuánto me ama!

MARQ. Devuélvame usted ese retrato.

LUIS. Es de mi propiedad.

MARQ. ¿Á pesar de la dedicatoria?

LUIS. Esta dedicatoria se funda en un engaño que no quiero ocultar á usted. Anastasia me confundió desde un principio con el conde de Chanteleur, y como las mujeres se dejan llevar de las apariencias, teniendo en muy poco las prendas morales, no quise desengañarla de su error.

MARQ. ¿De manera que ha usurpado usted el ilustre título de mi yerno para rendir el orazón de esa mujer?

LUIS. No señora. He consentido que me confundiesen con Raimundo, para no perder el cariño de Anastasia.

MARQ. Es igual; y no me admira que haya utilizado usted un nombre que no le pertenece, tanto en provecho de sus ideas políticas, como de sus pasiones inmorales, porque hoy nada se respeta.

LUIS. (Ap.) (¡Si pudiese hablar!)

MARQ. Pero si Raimundo no se cuidaba de las elecciones, ni ha tenido amores con esa dama ¿qué hacía en Bombignac?

LUIS. Pasearse por el campo. Aquel país es muy pintoresco.

MARQ. (Ap.) (No te creo... ¡Qué sospecha!) (Alto.) Voy á saber la verdad. (Vase.)

LUIS. Esta señora es un agente de policía.

ESCENA VI.

LUIS, RAIMUNDO.

RAIM. ¿Cómo has escapado del interrogatorio?

LUIS. Resuelto á que sea el último.

RAIM. Lo será. Dentro de tres horas, suceda lo que quiera, cuando llegue Sidonia, nos vamos tú y yo á París. Puedes ir preparando tu equipaje: yo he mandado arglar el mío.

LUIS. ¿Y Elena?

RAIM. No le he dicho nada todavía.

LUIS. Habla con ella y cuéntaselo todo.

RAIM. ¡Dios me libre!

LUIS. Es muy prudente, y te perdonará.

RAIM. Aunque me perdonase, nunca olvidaría el agravio. Cuando un marido se declara culpable, pierde la confianza y el aprecio de su esposa. Yo amo á Elena con todo mi corazón y quiero conservar su aprecio.

LUIS. Mal se conoce. Si fuese verdad lo que díces, no hubieras ido á París en busca de Sidonia.

RAIM. No confundas el cielo con la tierra. Elena es un ángel; Sidonia, una mujer: una mujer de talento, eso sí, alegre y decidora, cuyo trato me divierte, haciéndome olvidar la triste vida que llevamos en este destierro. No la amo; y cuando la busco, más que su atractivo me arrastra el deseo de no ver á mi suegra.

LUIS. Huye de tu suegra, pero con tu mujer.

RAIM. Elena no se quiere separar de su madre.

LUIS. Cuando comprenda lo que pasa, lo hará. Voy á guardar algunas cosillas en mi maleta, y vuelvo antes de cinco minutos. (Vase.)

ESCENA VII.

RAIMUNDO, ELENA y luego PABLO.

RAIM. Verdaderamente, esto no puede seguir así, y es preciso tomar una resolución decisiva.

ELENA. ¿Raimundo?

RAIM. ¡Elena!

ELENA. Perdone usted que le importune; pero necesito decirle dos palabras.

RAIM. Ahora mismo iba á buscar á usted para darle mi último adios.

ELENA. ¿Usted se va?

RAIM. Su madre de usted acaba de anunciarme que desea abandonar el castillo con sus dos hijas; pero yo soy quien debe marcharse, y partiré después de probar mi inocencia.

ELENA. Mamá está fuera de sí con el resultado de las elecciones.

RAIM. También me aseguró que piensa usted pedir nuestro divorcio.

ELENA. No lo he pensado, ni lo pensaré jamás, aunque me sobre la razón. Cuando un matrimonio vive unido,

nadie tiene derecho para censurar al marido ni á la mujer; pero si llega á separarse, se deshonran. Llevo su nombre de usted, y por mi culpa no será blanco de la maledicencia.

RAIM. ¡Elena mía!

ELENA. Soy tu esposa, Raimundo; debo estar á tu lado, y contigo viviré; feliz, si me amas; desdichada, si otra mujer me roba tu cariño.

RAIM. Yo te amo y te amaré eternamente. Desconfías de mí porque tu madre sospecha que tengo relaciones con la señora que va á venir de Poitiers.

ELENA. No lo sospecha, lo sabe de cierto.

RAIM. Pues yo te juro que no sabe nada. Y aunque me parece una imprudencia el traer esa dama, porque sin motivo puede ser objeto de las iras de tu mamá, ya deseo que venga. ¡Que venga, Señor, que venga lo más pronto posible, y saldremos de esta insoportable situación!

ELENA. Mejor sería que se quedase en Poitiers. Aborrezco el escándalo. (Pablo entra precipitadamente.)

PABLO. ¡Raimundo!... (Viendo á Elena.) ¡Ah!...

ELENA. Te dejo con tu amigo.

RAIM. Hablaremos después. Tengo muchas cosas que decirte. (Vase Elena.)

ESCENA VIII.

RAIMUNDO y PABLO, después LUIS.

RAIM. ¿Qué ocurre?

PABLO. Escribí la carta, y desde la ventana de mi habitación he visto el coche á lo lejos.

RAIM. ¡Muerto soy! (Dejándose caer sin fuerzas sobre una butaca.)

PABLO. Pronto llegará al parque. Así que entre, bajaré por esa puerta para recibir á Sidonia. (Se asoma á la puerta del fondo.)

RAIM. ¡Daría todos mis bienes porque se desbocasen los caballos!

PABLO. Vienen en carretela abierta. Aquel es sin duda el Barón; pero la dama... (Luis entra.)

LUIS. Acabé de arreglar mi equipaje... ¿Qué tienes?

RAIM. ¡Que está ahí!

LUIS. ¿Quién?

RAIM. ¡Sidonia, Sidonia!...

LUIS. ¡Valor, amigo mío!

PABLO. (Desde la puerta.) No, no es Sidonia.

RAIM. ¿Cómo? (Se levanta precipitadamente, y corre á mirar por una de las ventanas.)

PABLO. ¡Es Anastasia!

LUIS. ¿Anastasia? (Corre y se asoma á la otra ventana.)

RAIM. ¡Qué felicidad, no es Sidonia! (Se separa de la ventana.)

LUIS. (Con alegría.) ¡No hay duda, es Anastasia!

PABLO. (Retirándose de la puerta.) ¡Anastasia, que me persigue!

LUIS. (Retirándose de la ventana.) Perdone usted, señor Conde, esa dama viene en busca mía.

PABLO. ¿Anastasia Dutrouchet?

LUIS. Anastasia de Valboise.

PABLO. Llámese como quiera, es la misma.

LUIS. ¿Usted la conoce?

PABLO. Un poco, ¿y usted?

LUIS. Mucho; la he tratado en Bombignac, y la adoro.

RAIM. Entonces, estamos todos de eshorabuena.

PABLO. Yo no, porque si averigua que me encuentro aquí.

LUIS. ¿Á usted qué le importa? Soy yo la persona que viene buscando, y voy á recibirla.

RAIM. Espera un instante. ¿Por qué me llamó esa dama, siendo tú á quien desea ver?

LUIS. Me confunde contigo desde la primera vez que fuí á su casa.

RAIM. ¿Es decir que te has servido de mi nombre, hasta para tus galanteos?

LUIS. Yo no podía usar en Bombignac otro nombre que el tuyo.

PABLO. Dice bien.

RAIM. ¡Dice bien! ¡dice bien!... Yo sostengo que no tiene disculpa, y que su torpeza ha dado motivo para que piense mi familia que soy el amante de esa mujer.

PABLO. Negarás que Luis no podía usar otro nombre que el tuyo?

RAIM. No podía usar otro nombre con los electores; pero con las mujeres...

PABLO. Eso sí. El mal estuvo en no haberse llevado dos caras; una para ellos y otra para ellas.

RAIM. Después de todo, ¿qué necesidad tenía de entretenerse con amoríos?

PABLO. La misma que tú al marcharte á Paris con Sidonia.

RAIM. Es verdad.

LUIS. No, no: mía es la culpa, y debo justificarte á los ojos de todo el mundo. Pronto sabrá Anastasia que soy el secretario del conde de Chanteleur; y si me tiene en poco su desvío será el castigo de mi locura.

RAIM. Esa mujer es indigna de tí.

LUIS. ¿Qué dices? La Baronesa viuda de Valboise goza de una excelente reputación.

RAIM. Pablo puede enterarte.

PABLO. (Á LUIS.) Pues bien: Anastasia no se ha casado nunca; cuando yo la conocí era modista, y el título que ahora lleva es el nombre de unos bienes que le acabo de regalar.

LUIS. ¡Ah!... ¡Y yo que creía!... ¡Bien sabe fingir!... Olvidémosla, señor conde de Morard. (Dando su mano á Pablo.) Gracias por el desengaño. (Á Raimundo.) Corro á justificarte. (Vase.)

RAIM. ¡Pobre Luis! Se conoce que estaba muy enamorado.

PABLO. La tal Anastasia es temible; y por lo que pueda suceder, voy á quitarme de en medio.

MARQ. (Que sale con Elena por el segundo término de la izquierda.) ¡Pablo, quédese usted!

PABLO. (Ap.) (Ya me trata como suegra!)

MARQ. (Á Raimundo.) ¡Bien se ha burlado usted de nosotros, caballero!

RAIM. ¿Yo?... ¿Cuándo?

ELENA. ¿Con que no fué usted á Bombignac?

RAIM. ¿Quién dice tal cosa?

MARQ. Un testigo irrecusable que acabo de examinar escrupulosamente.

RAIM. ¡Vamos, han empezado las declaraciones! Y ¿quién es el testigo?

MARQ. Su maleta de usted, donde sólo consta la dirección de Poitiers á Paris y la de Paris á Poitiers.

RAIM. Eso no prueba nada; pudieran haber desaparecido los últimos rótulos. Pero confieso que no he estado en Bombignac.

ELENA. Entonces ¿por qué nos engañaste?

RAIM. Porque para tu madre todo lo que no se hace con arreglo á su gusto, ó por la buena causa, es un crímen, porque me asfixio encerrado en este calabozo; porque me aburre y me desespera esta vida monótona, insípida y solitaría. Para conseguir algunos dias de libertad busqué el pretexto de las elecciones. Comprendo que una señora anciana y viuda, abomine los bulliciosos placeres sociales, y que se deleite rezando las horas muertas, sin otro entretenimiento que su partida de ecarté y algun paseo por el campo; pero la juventud necesita otros goces.

MARQ. Sí, sí: los goces que ofrece el desenfreno de todos los vicios.

RAIM. No, señora: los goces que permite la más severa moralidad.

MARQ. ¿Qué ha hecho usted en París?

RAIM. Pasear por el bosque de Bolonia; concurrir á las reuniones de la aristocracia y á los teatros, como usted haría en vida de su esposo.

MARQ. Mi esposo no me permitió nunca semejantes diversiones.

RAIM. Pues yo me las permito; y voy á desquitarme en com-

pañia de mi esposa, de la existencia que llevamos aquí. Viajaremos juntos por donde ella quiera; y pasaremos el invierno en París y el verano en Suiza.

MARQ. (Á Elena.) ¿Serás capaz de abandonar á tu madre?

ELENA. Si él se empeña...

RAIM. ¡Señora, la mujer debe seguir á su marido!

MARQ. Es verdad. Dios lo manda.

RAIM. (Con fingimiento.) Véngase usted con nosotros.

ELENA. (Id.) Sí, vente con nosotros.

MARQ. Si fuera posible que yo os acompañase, no me lo propondrias porque me aborreces.

RAIM. ¡Qué injusticia! ¿Cómo no amar á usted siendo la madre de mi querida Elena?

MARQ. Afortunadamente tengo á mi hija Laura, que no me abandonará. (Dirigiéndose hacia la biblioteca.) ¡Laura!

ESCENA IX.

DICHOS, LAURA, luego LUIS.

LAURA (Entrando.) ¡Aquí estoy mamá!

ELENA. Llegas en muy buena ocasión.

LAURA. ¿Por qué?

ELENA. Raimundo y yo tenemos que emprender un viaje, y es urgente celebrar tu casamiento.

LAURA. ¿De veras?

MARQ. Sí, hija mía. Pablo hará tu felicidad; y los dos endulzareis los tristes dias que me aguardan separada de Elena.

LAURA. (Ap.) (¡Nos quedamos aquí!)

RAIM. (Á Pablo.) Te dejo en posesión de mi castillo de Chanteleur. (Ap.) (Y de mi suegra.)

PABLO. ¡Gracias! ¡pero he prometido á Laura que pasaremos en Paris la mayor parte del invierno!

MARQ. ¡Todos me abandonan!...

LAURA. (Abrazando á la Marquesa.) ¡No, no! Véngase usted con nosotros.

ELENA. (Id.) Véngase usted con nosotros.

MARQ. Pues bien, hijas mias; si no hay otro remedio, viviré tres meses con la una, y tres con la otra.

RAIM. (Ap.) (Del mal el menos.)

LUIS. (Entra con la mano puesta en la mejilla.) Ya despaché mi comisión.

RAIM. ¿Qué te ha dicho al saber tu verdadero nombre?

LUIS. No me ha dicho nada; me ha deshecho esta mejilla. Pero lo doy por bien empleado.

ELENA. ¿No se marcha?

LUIS. Se fué con el Barón, que está muy entusiasmado con ella.

RAIM. ¡Buen viaje!

MARQ. ¡Qué depravación! Es preciso que Raimundo no sea diputado.

RAIM. Hoy mismo renuncio la diputación. (Ap.) (Y no volveré á pensar en Sidonia.)

(Al público.)

No se quejará de mí
el distrito que alcancé:
pues buenos sustos pasé,
si buen petardo le dí.
Nunca político fuí:
y aunque mi suegra (furiosa
absolutista) me acosa
con sus rancias opiniones,
yo no quiero más prisiones,
que los brazos de mi esposa.

(Cae el telón.)

FIN DE LA COMEDIA.

Hombr.	Mujer.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Administración
»	»	El bandido incógnito	3	José Sanchez	Todo.
»	»	El crimen de Faverne	3	Malvar y Chas de Lamotte.	»
»	»	El deber de un hombre honrado	3	F. Barbero	Mitad.
»	»	El diputado por Bombignac	3	Luis Valdes	Todo
12	4	El herrero de Chateaudun	3	Malvar y Chás de Lamotte.	»
»	»	El hijo del Rastro	3	Roque F. Yzaguirre	»
»	»	La comedia del mundo	3	Augusto E. de Mádan	»
»	»	La fiebre del día	3	Rafael Torromé	»
11	2	La mano de la Providencia	3	Cándido Corti y Erro	»
»	»	La ley de la fuerza	3	Valentín Gómez	»
»	»	La ley ante la conciencia	3	Antonio del Cosso	»
5	4	La torre dels Cadells	3	Pablo Montellá	»
»	»	La inquisición en Venecia	3	José Sanchez	»
»	»	La dama de las Camelias	3	Luis Valdés	»
«	»	Lo que puede la ambición	3	Juan Maillo	»
»	»	Luchar contra la razón	3	Retes y Echevarría	»
»	»	Pold.—d. a. p	3	José Sánchez	»
»	»	Peraltilla.—c. o. v	3	Augusto E. de Mádan	»
4	2	Religión ó fanatismo.—d. o. p	3	Justo Rodríguez Alba	»
4	3	Vivir de milagro.—c. a. p	3	Navarro y Rivero	»
»	»	Wilfrida.—d. o. v	3	Augusto E. de Mádan	»

ZARZUELAS.

3	6	Á mata caballo	4	Sres. García Valero y Jimenez	L. y M
»	»	Cantar de plano	1	Casimiro Espino	1|2 M.
»	»	Canario	1	Gil, Romea y Valverde	L. y M.
»	»	Caralampio	1	Tomás Reig	M.
»	»	De Madrid á la Luna	1	Cuenca y M. y T. Grajal	L. y M.
12	7	El arte del toreo	1	Monasterio y Parra	L.
»	»	El club de los feos	1	Rubio y Espino	M.
»	»	El figón de las desdichas	1	Ruperto Chapí	M.
»	»	El himno de Riego	1	F. Fresneda	1|2 M.
»	»	El grito en el cielo	1	Granés Navarro y Breton	M.
17	4	El país de la castaña	1	Lastra, Ruesga, Prieto, Rubio y Espino	L. y M.
»	»	El premio gordo	1	Rubio y Espino	L. y M.
»	»	El teatro nuevo	1	Pina, Granés y Rubio	L. y M.
5	1	El Triunvirato	1	Soriano y Such	L. y M.
»	»	Fuegos artificiales	1	Vicente G.ª Valero	L.
7	1	Juanito Tenorio	1	Salvador M.ª Granés	L.
3	2	Juegos Icarios	1	Mariano Pina	L.
4	2	La ópera española	1	Eguilaz y Guerrero	L.
7	3	La pequeña vía	1	Merino, y M. y T. F. Grajal.	L. y M.
9	4	La puerta del infierno	1	Delgado y Jimenez	L. y M.
»	»	La vida madrileña	1	Pina D. y Offenbach	L. y M.
»	»	La sobrina de mi tía	1	Francisco Sedó	M.
»	»	La niña de los lunares	1	Tomás Gómez	M.
»	»	Las criadas	1	Monast.º, Hernz. y Blazquez	L. y M.
»	»	Las mujeres que matan	1	Cárlos Coello	L.
»	»	Les estrenes	1	Soriano y Such	L. y M.
3	2	Maniá per lo italiá	1	Soriano y Such	L. y M.
11	2	Manicomio político	1	Granés, Grajal y Gómez	M y 1|2 L
4	2	Mister Puff	1	Fambuena y Cortina	L. y M.
3	2	Monomanía italiana	1	Soriano y Such	L. y M.
4	2	Muerto el perro	1	Monasterio y Hernández	L. y M.
4	3	Pepete	1	Soriano y Peidró	L. y M,
»	»	Pasados por agua	1	Flores G.ª y Labas Galván.	L. y M.
3	1	Rode la bola	1	Bellido y Cortina	L. y M.
3	2	Ser y no ser	1	Soriano Ximenez	L. y M.
3	1	Se puede?	1	Granés, Arenas y Nieto	L. y M.
»	»	Se afeita á domicilio	1	Monasterio y Hernandez	L. y M.
»	»	Toros en Vallecas	1	G.ª, Parra, Hernz	L. y M.
4	1	Tula	1	Salvador M.ª Granés	L.
»	»	Tres y repique	1	Rubio y Espino	M.
5	6	Vista y sentencia	1	Granés, Navarro, Sambrónt y Gomez	L. y M.
»	»	Ya soy propietario	1	Jerónimo Jimenez	M.
»	»	Cadiz	2	Burgos, Chueca y Valverde	L. y M
4	2	En el nombre del padre	2	Navarro, Granés y Rubio	L. y M.
»	»	La Comedianta	2	Pina y Rubio	L. M.
«	«	Madrid en el año 2000	2	Angel Rubio	1|2 M.
»	»	Cleopatra	3	Mádan y Triay	L.
4	2	La casa del diablo	3	Soriano y Ximenez	L. y M.
»	»	Pablo y Virginia	3	Mádan y Triay	L.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Antonio de San Martin*, Puerta del Sol; de *Don M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simon y Compañía*, calle de las Infantas; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle de San Martin 2; de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, *n.°* 12, y de *González é hijos*, Puerta del Sol, 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, **PARIS.** PORTUGAL; *D. Juan M. Valle*, Praça de D. Pedro, **LISBOA** y *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardin, **PORTO.** ITALIA: *Cav. G. Lamperti*, Via Ugo Fóscolo, 5, **MILAN.**

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.